La educación encierra un tesoro: los seres humanos que comparten el acto educativo. Frente a la agresiva desinstitucionalización social, el tesoro universitario y el compromiso de un trabajo que impulse a crecer y a fructificar ese tesoro. ¿Qué se busca con esto? Lo indispensable: educación, justicia, trabajo, en pos de una niñez alegre y sana, de una juventud capaz de crearse a sí misma y a su patria, de una adultez activa y plena, de una vejez digna. Para lograr y sostener esto, el presente texto sugiere un camino posible: mantener horizontes institucionales utópicos, y desarrollar políticas concretas para caminar hacia ellos.

EN DEFENSA DE NUESTROS TESOROS HUMANOS FRENTE A LA AGRESIÓN POR DESINSTITUCIONALIZACIÓN SOCIAL [1]

Queridas, queridos colegas.

En primer lugar quiero agradecer a la Facultad de Filosofía y Letras, en la persona de su Decano, la acogida a nuestra Especialización en Docencia Universitaria. Es para nosotros, como grupo promotor de estos estudios, un honor y una oportunidad institucional formar parte de una unidad académica en la que hay una tradición de décadas en el campo de la formación para la docencia y un quehacer intelectual centrado en el cultivo de las humanidades. Remarco esta expresión, *cultivo de las humanidades*, porque el sentido profundo de nuestra Carrera es la preocupación por los seres humanos que componen la universidad. Paso ahora, como ha sido rutina en las inauguraciones anteriores, a desarrollar el tema que he previsto para este acto, y que he denominado:

"En defensa de nuestros tesoros humanos frente a la agresión por desinstitucionalización social."

La palabra crisis es asociada a cambios rápidos, a mutaciones importantes, a graves perturbaciones en el seno de una organización o de una sociedad. Desde esos modos de entender el término, nuestro país ya no está en crisis, su situación actual no se enmarca en un momento tras el cual se abrirán otras formas de vida y de convivencia. Por unos cuantos años seremos lo que somos hoy, con cifras de distribución de la riqueza y de exclusión social únicas en nuestra historia, pero poco y nada diferentes a las de otros países latinoamericanos.

No hay milagros para revertir los ocho millones de niños pobres, cuatro de ellos en la indigencia; no hay mágicos saltos para sacar a más del 53% de la población de la pobreza; no habrá manera de llenar el vacío de los aportes jubilatorios de más de cinco millones de personas que inexorablemente llegarán a la vejez sin recursos mínimos para sostenerse; no se solucionarán por años y años la desocupación, las durísimas condiciones laborales y el trabajo en negro en el cual se cuentan casi el 50% de quienes consiguen alguna forma de supervivencia; no desaparecerán de las calles los cartoneros, las familias enteras que deambulan

con un futuro tan estrecho como lo que alcanzan a recoger a diario; no se irá de nuestras vidas la violencia porque ella es producto de todo lo que acabo de mencionar y de tantas otras causas similares.

Así como las posibilidades de transformaciones vienen dadas por lo acumulado a lo largo de años, así también, de modo inexorable, las posibilidades de continuidad en situaciones vergonzosas de vida, son productos de acumulaciones de escándalos sociales que terminan por marcar de determinada manera a un país por décadas enteras.

No estoy hablando de este modo por un arranque de escepticismo, ni por una oleada de indignación. Me atengo a mi dolorosa experiencia latinoamericana. Hace más de 25 años me confronté con países con la misma precariedad social que el nuestro hoy. En todo este tiempo esas terribles realidades humanas no han hecho otra cosa que profundizarse en una suerte de abismo hacia arriba y hacia abajo.

He aprendido algo en un largo peregrinar por nuestras tierras: socialmente hablando, hacia arriba y hacia abajo no hay límites.

Ustedes conforman un grupo de más de 150 profesionales. Permítanme hablarles un poco de lo que atesoran: hay en este salón personas de prácticamente todas las disciplinas de la universidad, hay quienes ya han caminado por muchos años las aulas y quienes se están iniciando en la docencia, hay colegas con estudios de postgrado y muchos con una experiencia directa en la vida social, más allá de los espacios universitarios; hay un riquísimo acervo intelectual, expresado en investigaciones y publicaciones, en trabajos no sólo científicos, sino también de otros campos del quehacer intelectual.

Hacia 1997 la UNESCO publicó un trabajo conocido como el Informe Delors: *La educación encierra un tesoro*. Más allá de los importantes conceptos trabajados, el título me permite orientar el análisis hacia el sentido esencial de la educación: los seres humanos que comparten el acto educativo. Si nos asomamos un instante al caudal de vida, experiencia y saber reunido en esta sala, no vacilamos para nada en afirmar que ustedes entran de lleno en el alcance de esta reflexión.

Llamo tesoro social a instituciones fuertes en el orden del trabajo, de la justicia, de la política, de la educación, de la cultura; llamo tesoro social a una niñez sin privaciones, a una juventud con sus energías canalizadas hacia la creación de sí misma y de su patria, a una vida adulta activa, plena; a una vejez digna.

Llamo tesoro social a un grupo como ustedes.

Es sabido de sobra en la dolorosa historia de nuestro país: los tesoros ajenos son objeto de codicia, blanco de la usura, víctimas de rapiñas sin límites. Y más aún cuando de tesoros sociales se trata.

La destrucción generalizada de la riqueza humana de la Argentina se produjo por un proceso ininterrumpido de desinstitucionalización. Llevamos un tiempo muy largo de críticas al poder y a las instituciones como escuelas de dominación y a menudo de sufrimiento. Pero todavía no terminamos de asimilar lo que significa para la vida en sociedad quedarse sin sus sostenes institucionales. No me detendré a revisar a fondo las coartadas al uso para justificar el asalto y la destrucción de dichos sostenes, aunque paso a señalar algunas:

→ La ideología del "todos somos empresarios". Recuerdo escritos difundidos hace unos 20 años en los cuales se decía que un niño lustrabotas era un "pequeño empresario".

→ La ideología dedicada a pintar las maravillas del trabajo en casa, gracias a la tecnología. No tendremos que salir de nuestro domicilio, nos ahorraremos las calles llenas de autos, podremos estar todo el día con nuestros seres más cercanos.

→ La ideología de la ineficacia del estado. Es preciso desposeerse para mejorar, renunciar a todo el patrimonio para que las cosas funcionen.

→ La crítica ya tradicional a los excesos de la institucionalización: el ejercicio del poder y el sufrimiento institucional.

→ En el campo de la educación, las propuestas de desescolarización de la sociedad, ahora retomadas perversamente por predicadores del neoliberalismo, como Mario Vargas Llosa.

Prefiero centrarme en las consecuencias:

→ La eliminación de espacios de socialización e interacción.
→ La soledad de los "desinstitucionalizados", es decir, de los millones de seres que literalmente no tienen adonde ir.
→ El estrechamiento de los espacios públicos.
→ La agresión, el desfonde de los sujetos individuales y sociales (es decir, de cada persona en particular y a la vez de los grupos que se forman por lazos laborales, profesionales…).

Cada día, millones y millones de compatriotas no tienen adonde ir, a pesar de sus experiencias, de sus profesiones y de sus energías.

En una sociedad en creciente desinstitucionalización, una de las pocas instituciones que todavía resiste, con todos los problemas actuales, en muchos casos al borde del límite, es la universidad. Y dentro de ella estamos todos quienes nos hemos congregado en este espacio de la Facultad de Filosofía y Letras.

Ahora bien, queridas, queridos amigos, cuando uno posee un tesoro, le cabe la tarea de cuidarlo, de impulsarlo a crecer y a fructificar. Una situación como la presente necesita más que nunca de horizontes institucionales utópicos y de políticas para caminar hacia ellos. Si, como dice Eduardo Galeano, la utopía sirve para eso, para caminar; las políticas son el camino.

Los tiempos no están para las improvisaciones y mucho menos para dar paso a la ideología del puro gestionador, que insiste en hacernos creer que como vivimos en medio de tanta urgencia, hay que aprender sólo a moverse sobre la marcha, a lograr un buen juego de cintura, a quedarse en los vaivenes del llamado "pensamiento rápido".

Hablo de políticas universitarias, de políticas académicas que permitan no sólo sostener nuestras instituciones en medio de tan feroz desinstitucionalización, sino también transformarnos, ser actores sociales en estos complejos tiempos.

La primera política de cualquier institución, y de la universidad muy en particular, es cuidar el tesoro humano que le da sentido. En realidad es la primera política de cualquier país, de lo contrario podemos caer en errores y horrores como aquéllo de un crecimiento económico a costa de las grandes mayorías de la población.

El cuidado del tesoro humano se proyecta en dos direcciones:

→ cada sujeto individual
→ los sujetos sociales

Una palabra que siempre aparece en estas reflexiones es *calidad*. Para nosotros su primer sentido, su básico sentido, corresponde a la calidad de los seres humanos.

Me refiero a la responsabilidad institucional por la calidad del educador como sujeto individual, construido en su capacidad de comunicar, de interactuar, de mediar con toda la cultura, de investigar, de producir intelectualmente; por la calidad del educador como sujeto social: grupos, equipos, redes de educadores, investigadores, productores intelectuales consolidados.

Me refiero a la calidad del estudiante como sujeto individual: capacidad de expresión, seguridad, autoestima, disponibilidad de recursos de relación e interacción, comprensión de las interdeterminaciones de los fenómenos sociales, tolerancia, convivencia con la diversidad y las diferencias...

Del estudiante como sujeto social: capacidad de interaprendizaje, existencia de grupos de referencia, presencia, acción y visibilidad de los mismos en la sociedad, apertura hacia el contexto, espacios de encuentro...

Primero, entonces, una política de calidad humana de todos los seres humanos de la institución, después todo lo demás.

En 1994, durante la gestión de Armando Bertranou, trazamos una política universitaria de capacitación de nuestros docentes con la característica básica de cualquier política: su continuidad en el tiempo. Desde 1995 hasta la fecha hemos trabajado con seis promociones de colegas, con un egreso total a este 7 de octubre de 900 personas; cursa actualmente la séptima y hoy se inicia con este acto la octava.

Ustedes escucharon al comienzo la lectura de las resoluciones del Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras. A partir de hoy ésta es nuestra casa, desde la cual continuaremos trabajando para toda la universidad y otras instituciones de educación superior de Mendoza y de nuestro país en el sostenimiento de esa política que nos viene inspirando desde hace más de siete años. Es así como se construye en las instituciones, con el esfuerzo en medianos y largos plazos, con proyectos sostenidos a favor de la calidad de los seres humanos.

Les he hablado de ustedes. Ahora quiero decirles quiénes somos nosotros. Y lo haré a través de nuestra filosofía de trabajo, leyendo una página que luego podrán revisar en el libro base del primer módulo.

Llevamos, con un grupo de queridos amigos, ocho años ofreciendo el postgrado Especialización en Docencia Universitaria, con un egreso de 900 colegas en seis promociones, una séptima en camino y una producción intelectual que supera los 4000 textos paralelos. Nos enorgullece, sin ánimo de autoelogio, un resultado semejante, porque detrás de las cifras hubo y hay seres humanos con los cuales hemos aprendido mucho más de lo que hemos alcanzado a enseñar.

No es sencillo hacer pedagogía con los educadores, sobre todo si se comparte con ellos el diario trabajo, si forman parte de la comunidad donde uno desarrolla su práctica cotidiana. Sin embargo, en todo este tiempo nos ha tocado vivir un encuentro constante, una colaboración como pocas hemos experimentado durante nuestra ya algo larga carrera en los espacios universitarios.

Podríamos intentar intelectuales explicaciones, pero preferimos señalar una que tal vez pasa por otra parte: la relación de respeto, sea a través de nuestros escritos, de las interacciones presenciales y del pedido de prácticas de aprendizaje. No hemos pretendido ejercer ninguna forma de poder sobre nuestros estudiantes. Esto se expresa rápido y fácil, pero es preciso sostenerlo en los hechos. Sabemos, Foucault de por medio, que el poder se dice y practica de muchas maneras, que quien se considere libre de él bien podría ensayar en tirar la primera piedra. De acuerdo, pero hasta donde nos dan la conciencia y las acciones, hemos tratado siempre de no ejercer poder en estos estudios.

El punto de partida es muy sencillo: somos un grupo de adultos que ofrece a otro grupo de adultos una propuesta educativa. Nosotros la hemos desarrollado y planteado de manera libre, quienes la siguen lo hacen de manera libre. Juego

entre adultos desde su libertad y desde su responsabilidad. Por eso no caemos en los viejos moldes de la transmisión de información, por eso insistimos en la realización de una obra personal para cumplir con los estudios. El compromiso es con la libertad, con la construcción intelectual y personal a través de la escritura y de la interacción. Venimos, todos, a aprender docencia, pero lo hacemos sin el peso de un mandato volcado desde quién sabe qué alturas.

Este inicio de la octava promoción del postgrado es para nosotros motivo de celebración. Celebramos el encuentro, el interaprendizaje y el respecto entre universitarios; celebramos una manera de recuperar a los seres humanos en nuestras instituciones; celebramos el diálogo y el ejercicio de la libertad.

Daniel Prieto Castillo
Mendoza, 7 de octubre de 2002

[1] Palabras pronunciadas en la inauguración de la octava promoción de la Especialización en Docencia Universitaria de la Universidad Nacional de Cuyo.